pues no son inferiores á los más famosos de la cordillera apenina, toda vez que á falta de los glaciares tienen sus purísimas y cristalinas corrientes. Los valles de la parte francesa, aunque no tan notables, tienen, no obstante, hermosos paisajes, y ofrecerian muchos atractivos á los aficionados á excursiones por tales sitios si no fuera por las pocas comodidades que hay para emprenderlas.

El valle principal de este distrito es el Guil, que se une con el Durance en Monte Delfinado. Aunque la principal cordillera de los Alpes, que se halla al principio, está cruzada por pasos que en su mejor parte solamente son propios para las mulas, se ha creido que estos son bastante fáciles y no está de más guardar la entrada del valle; de modo que en una meseta pedregosa, á cierta altura, sobre los prados del Durance, se ha construido la formidable fortaleza de Monte del Fin. Dominando la confluencia de dos rios, y con vista á los cuatro valles, considérase como uno de los baluartes de Francia contra los enemigos que avancen desde Italia: la direccion de las obras se confió al célebre Vauban. El conglomerado de roca sobre que está asentado el castillo presenta extrañas salientes, que no pueden ménos de llamar la atencion del viajero cuando comienza á subir hácia el valle de Guil. Esta region, de aspecto salvaje en todo tiempo, parécelo mucho más aún cuando estalla la tormenta, á juzgar por lo que dice M. Ladoucette, en otro tiempo prefecto de los Altos Alpes, y autor de una excelente descripcion del distrito, en la cual escribió lo siguiente: «El que quiera ver una tempestad en toda su majestuosa violencia debe ir á Monte del Fin, donde oirá mejor que en ninguna parte el horrísono fragor del trueno, repetido por todos los ecos entre las rocas; los vientos mugen con una fuerza tal que no parece sino que la naturaleza debe quedar destruida; y los torrentes se precipitan con tanta impetuosidad, arrollándolo todo á su paso, que el espectador no puede ménos de enmudecer de temor ante el espectáculo imponente que ofrece semejante cuadro.»

En las pendientes que hay á cierta distancia de Monte del Fin, hállase el pueblo de Guilestre, principalmente notable por su bonita iglesia y el magnífico golpe de vista que presenta la cordillera del Pelvoux, la cual no se puede seguramente ver tan bien desde ningun otro punto. Al salir de este pueblo se ha de seguir un camino que se prolonga por un angosto desfiladero entre rocas de caliza. Hace unos cuarenta años, cuando los viajeros Beattic y Bartlett, que siempre buscaban lo más pintoresco, admiraron este territorio, sólo habia en este desfiladero una estrecha senda para las mulas, y su conjunto, de aspecto mucho más escabroso que hoy dia, producia profunda impresion en cuantos le visitaban.

En este distrito hay otros varios desfiladeros, pero segun se asegura, ninguno es tan notable como el de Guil. Despues de haberlo franqueado, el paisaje cambia de aspecto, y más allá del castillo de Queyras el valle es bastante fértil en el espacio de varias millas. Esta fortaleza guarda la salida superior del desfiladero y es la última defensa de Francia por esta parte, pues la misma línea fronteriza es ya en sí demasiado salvaje para tener en ella tropas; de modo que se confia su custodia á la naturaleza.

El castillo de Queyras está asentado en un cono pedregoso que se eleva bruscamente en el valle, en un sitio sumamente pintoresco; es muy antiguo, y como se ha reparado muy poco, aún puede atraer al artista. Esta parte del valle del Guil es una de las más fértiles de los Alpes del Delfinado, y con sus valles tributarios ofrece buen pasto á muchos rebaños. El queso que se fabrica tiene fama por su excelencia.

Los protestantes forman una gran parte de la poblacion de los diversos distritos.

Terminada nuestra excursion por esta parte, volvamos á cruzar entre los cerros de Borgoña y nos detendremos en Joigny, tranquila ciudad que llama la atencion por sus pintorescas calles con sus casas de madera, ántes de ir á recorrer el oeste y el norte de las fronteras de Francia.

II

Al hablar de las fronteras de Francia nos podemos referir igualmente á los hechos físicos y á las condiciones políticas; de modo que nuestras palabras deberán tomarse en uno ú otro sentido, y con frecuencia en ambos. La mayor parte de los antiguos límites de los países se conservan tal como se establecieron en varios períodos ántes de nuestra era; de los que no se hallan en este caso podremos hablar aún como si no hubiesen sufrido ningun cambio, tanto más cuanto que en el continente de Europa las regiones que siguen á los límites de los países han sido siempre aquellas que más se han prestado á las reflexiones históricas.

El rio Mosa, que nace al nordeste de la antigua y bien situada ciudad de Langres, con su fortaleza que domina el paso desde el valle del Saona al del Sena, serpentea, como el Tweed en Inglaterra, á través de terrenos cuya posesion se han disputado los hombres á menudo, sin más argumentos que el hierro y el acero; sus aguas son las de tres países; cruza por el departamento de los Vosgos, donde sigue una vía subterránea desde la inmediacion de Bazeilles, reaparece cuatro millas más léjos, y pasa por Commercy, Mihiel y Verdun; aquí es ya navegable, y prosigue su curso pasando por Sedan, Mezieres, Charleville y Givet, poblaciones todas pertenecientes á Francia. Despues, el rio comienza á ser belga, y luégo aleman, hasta que penetra en el mar del Norte por tres principales desembocaduras, el Maas, el Flakkee y el Grevelingen.

En la parte francesa de este rio se ven muchos sitios encantadores, sumamente pintorescos, ricos en bosques y espesuras, que llegan hasta las mismas márgenes de la corriente. Cerca de Mezieres el rio se precipita en un angosto desfiladero, entre colinas pizarrosas que se estrechan gradualmente hasta Givet, penetrando luégo en la cordillera de las Ardenas, donde serpentea entre paredes perpendiculares de notable altura; las rocas grises que parecen como suspendidas sobre el rio en el punto donde este se ensancha, desígnanse con el nombre de «Damas del Mosa».

La mayor parte de la cuenca del Mosa es muy estrecha en el territorio francés, pero sus orillas ofrecen la más pintoresca variedad que imaginarse pueda. El predominio de la pizarra en las rocas contribuye á que el paisaje se parezca á los de Gales, aumentando no poco esta semejanza las ruinas de algun antiguo castillo.

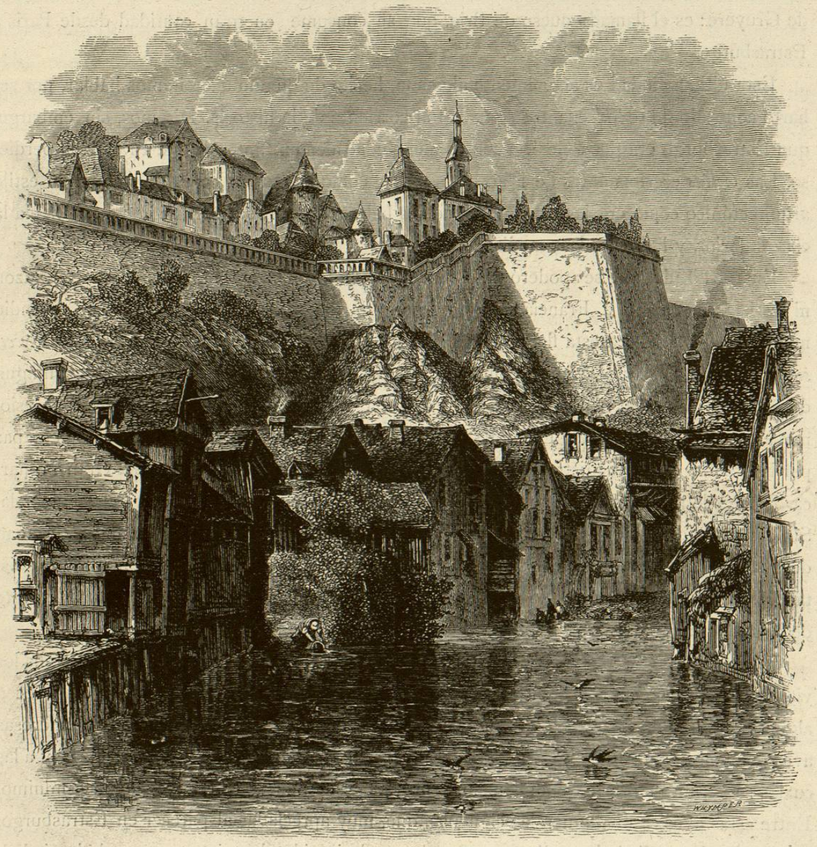
Entre los insignificantes y diseminados pueblos que se hallan sobre el Mosa hay uno que debe su celebridad histórica al hecho de haber dado á Francia la famosa Juana de Arco, la

Una chimenea en Estrasburgo

sencilla aldeana que abandonó sus rebaños para rescatar el hermoso reino de manos de los invasores ingleses, recobrando la corona de su legítimo señor Cárlos VII. Ora en la soledad del bosque, ora en la capilla del pueblo, dedicada á sus santas patronas, Santa Margarita y Santa Catalina, Juana pasaba todo el dia entregada á la oracion, huyendo de los pasatiempos de sus compañeras. Las voces misteriosas que oia, segun se dice, aconsejábanla obrar, é inspirada por el celo de su fe marchó á cumplir su mision.

Despues de haberse coronado al rey en Reims, la Doncella de Orleans, segun la llamaban, pidió tan sólo que se la permitiese volver pacífica y humildemente á su pueblo natal, Domremy, para continuar su antiguo género de vida; pero indujéronla á renunciar á sus humildes aspiraciones, y esto la perdió. Sin embargo, la única gracia que pidió al rey por quien habia llevado á cabo tan maravillosos hechos, se redujo á solicitar que su pueblo natal, donde habia pasado su infancia, quedara exento del pago de toda contribucion. El privilegio fué concedido, y respetado hasta la época de la Revolucion, pues en el libro registro de contribuciones de la provincia, y en la casilla correspondiente á Domremy, leíanse, en vez de una cifra, las siguientes palabras: «Nada, por causa

de la Doncella» (Néant á cause de la Pucelle). Una de las más altas montañas de los Vosgos, sino la más elevada, es el Globo de Alsacia (Ballon d' Alsace): como su redonda cima apénas se halla á 4,000 piés sobre el nivel del mar, síguese de aquí que toda la cordillera es baja, presentando generalmente tal configuracion, que la palabra *ballon*, aplicada á diversas colinas,



Luxemburgo

ha llegado á ser comun en los habitantes que hablan de todas ellas. Así, por ejemplo, se dice el Ballon de Lure, el Ballon de Servance, el Ballon de Soultz, etc., sin hacer aprecio de sus diferencias.

En esta region hay tanto bosque, tanta roca, y tanta verdura mezclada con las moles de arenisca rojiza, que no se hecha de ménos la falta de un alto pico; la única monotonía, si puede considerarse como tal, es la semejanza en la configuracion de las cumbres; pero de todos modos, esta es una region verdaderamente pastoril. Casi todas las montañas de la cor-

dillera están cubiertas de árboles hasta cierta altura, pasada la cual predominan las nieves en cierta parte del año, lo cual no impide que los pastos lleguen hasta las más altas cimas. Cuando aquellas se derriten, á la llegada de la primavera, vense numerosos rebaños de vacas y bueyes que pastan tranquilamente á la sombra de los altos pinos y de los castaños.

En el departamento fronterizo de los Vosgos se nace un queso que puede competir con el de Gruyere: es el llamado queso de Brie, que se consume en gran cantidad desde Paris á Estrasburgo.

Esta última ciudad es actualmente alemana, hecho de que no necesitamos hablar, por ser harto conocido de todos cuantos se hallan al corriente de la historia. Diremos, sin embargo, que Estrasburgo era por todos conceptos una ciudad alemana ántes de que Francia la perdiese. Las *Guías* escritas ántes de 1820 la describen como tal en su conjunto, así por su estilo arquitectónico como por las costumbres de sus habitantes, y hasta por el idioma que habla la clase inferior, y hasta la clase media.

En 1681 Luis XIV se apoderó de la ciudad en tiempo de paz, y sin el menor derecho, razon ni justicia, anexionóla á Francia: ningun historiador, amante de la imparcialidad, defendió nunca en aquella época esta flagrante violacion de la fe internacional. Luis el Grande, *Excelsus super omnes gentes Dominus*, como se tituló pomposamente algunas veces, no tenia ningun derecho, sino el de su «poderosa espada,» dirigida por el cardenal Richelieu, para posesionarse de ciudades alemanas. La de Estrasburgo, fué adquirida en tiempo de completa paz por la traicion de los magistrados, que consintieron en admitir la guarnicion del Gran Monarca. Esta es la pura verdad, reconocida sin rebozo, glorificada cínicamente, y nunca negada. Sin embargo, diríase que la Alsacia y la Lorena, estas antiguas provincias alemanas, estaban destinadas á ser francesas, pues siempre manifestaron simpatías á sus cuestionables conquistadores, y ya desde un principio parecieron enorgullecerse con la sola idea de formar parte de la hermosa Francia.

La catedral de Estrasburgo es bastante notable, pero tantas veces han hablado de ella los viajeros, que no creemos necesario hacer su descripcion. En cuanto á las calles, pocas ofrecen algun interés; lo más característico en ellas, ó mejor dicho, de la ciudad, son las numerosas aves que continuamente se ven, no sólo en las torres, sino en los tejados y chimeneas, y á las cuales se permite fabricar tranquilamente sus nidos sin molestarlas nunca lo más mínimo. Entre estas aves se distinguen las cigüeñas, que, muy apreciadas al parecer en Estrasburgo, pueden entrar y salir independientemente, sin que lo impidan las siete puertas de la ciudad, que se cierran siempre á las horas marcadas, con bastante regularidad. Excepto durante el sitio, estas aves emblemáticas y sus sucesoras han vivido tranquilamente en los tejados y las torres hace muchas generaciones.

Así en Alemania como en Holanda, la cigüeña blanca, tratada con la mayor bondad en pago de los servicios que presta purgando el suelo de inmundicia ó alimañas, acércase sin temor á la morada del hombre, como si comprendiera que se la recibe con gusto y se la dispensa proteccion, como debe esperarla de un sentimiento de gratitud. Así en la torrecilla como en el tejado, ó en la alta chimenea, se pone siempre un cajon ó una pequeña plataforma para

que la cigüeña pueda construir más cómodamente su nido. Las cigüeñas domésticas son comunes en Estrasburgo, así como en otras ciudades continentales.

Como Estrasburgo, Luxemburgo es una ciudad fortificada, y no poco formidablemente; tambien se halla situada sobre un rio; y por lo tanto podemos decir que Luxemburgo es á Estrasburgo lo que Macedon á Monmouth. La ciudadela se considera como una de las más fuertes de Europa despues de Gibraltar, pues sus fortificaciones, semejantes á las de esta plaza, están construidas en la roca viva y pueden contener un ejército; fuertes murallas y profundos fosos rodean la ciudad, que está bañada por el rio Elze. Cuando el gran ducado de Luxemburgo, que en otro tiempo perteneció al reino de los Netherlauds, se repartió entre Holanda y Bélgica, el Luxemburgo llegó á ser la capital de los holandeses; el Luxemburgo francés, antigua division de Francia en la provincia de Lorena, hállase comprendido ahora en la provincia alemana de Elsas Lothringen. Difícil seria ahora formarse la más remota idea de lo que es Holanda cuando se contempla la poética ciudad de Luxemburgo, más semejante á la fortaleza de una montaña que á un inmediato dominio del reino holandés. El Obertadt, ó parte superior de la ciudad, que es de hecho el Luxemburgo propiamente dicho, está limitado en tres puntos por precipicios de doscientos piés de altura; el Understadt se compone de tres modernos barrios de la ciudad, que son Plaffenthal, Clausen y Grund, situados todos en el estrecho barranco de Petrusbach; miéntras que el valle del Alzette está sembrado de casas, las más de ellas humildes, mezcladas con muros de las fortificaciones y algunas rocas, entre las cuales hay árboles y jardines, todo lo cual forma un admirable conjunto.

Para ver bien la ciudad de Luxemburgo es preciso situarse cerca del fuerte Dumoulin, en el camino de Tréveris, en el sitio donde hay un barranco que se prolonga entre la estacion de la vía férrea y la parte sur de Oberstadt, junto al enorme puente de Petrus: la configuracion general del país en esta parte de Luxemburgo ha hecho necesarias muchas atrevidas obras de los ingenieros, que han construido numerosos viaductos; la estrecha cordillera de rocas que se prolonga á gran distancia en el valle del Alzette, llamada el Book, está provista de numerosas troneras y casamatas que dominan dicho valle por el norte y el sur; y en la pendiente oriental hay una antigua torre, reliquia de las obras defensivas que protegian la plaza en el siglo XIV. Las fortificaciones han estado sucesivamente en poder de los que ocuparon la ciudad durante los últimos cinco siglos. Enrique IV, conde de Luxemburgo, que murió en 1312, así como Enrique VII, emperador de Alemania, y su belicoso hijo, el rey ciego, Juan de Bohemia, fueron señores de aquellas alturas fortificadas. Despues vinieron los borgoñones; más tarde los españoles; luégo los franceses y los austriacos, y al fin los prusianos. ¡Tales son las vicisitudes de los países fronterizos! Desde 1867 la fortaleza fué abandonada en virtud de un tratado; y ahora el pacífico extrangero, puede recorrer tranquilamente las casamatas y la posicion fortificada, que segun el general Carnot es el único punto de apoyo para atacar á Francia por la parte del Mosela.

Luxemburgo, como ciudad, tiene muy pocos atractivos, pero está perfectamente situada: el viajero que no vaya deprisa debe recorrer el pintoresco valle y sus alrededores, aunque no sea más que para dar una vuelta por el magnífico paseo que hay cerca de la puerta de Tréve-